

como yo «sabemos, os diré con San Pablo, que mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor; pero tenemos confianza y queremos mas ausentarnos del cuerpo y estar presentes al Señor para ver cara á cara á Dios en el cielo:» *et presentes esse ad Dominum*. Es verdad que para obtener tan cumplida y suprema dicha hemos de ofrecer á nuestro Dios costosos y constantes sacrificios de abnegacion y de virtud. «Pero lo que aquí es para nosotros de una tribulacion momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo mas maravilloso un peso eterno de gloria,» nos merece una gloria, cuya solidez y excelencia es infinita, eterna é incomparable: *supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis*. Necesario es para esto no desmayar en el camino de la virtud, antes bien perseverar hasta el fin; y el misterio sacrosanto que hoy venimos admirando nos facilita los medios conducentes á este objeto, ya porque Maria, coronada de gloria en la pátria celestial, nos alienta á que la sigamos con perseverancia, ya porque empleará su grande poder para alcanzarnos las gracias de esa misma perseverancia.

Todo cuanto hasta hoy hemos practicado, A. M., en los santos ejercicios del Mes de Maria ha sido encaminado para dar gloria á esa Virgen purísima y para lograr nuestra justificacion, verdadero y nobilísimo objeto de nuestras aspiraciones sobre la tierra. La excelsa Señora se ha mostrado á nosotros como nuestro seguro refugio, y esta cualidad de la Madre de Dios nos ha alentado para enmendar nuestras costumbres; se ha mostrado como el mas acabado modelo de todas las virtudes, y siendo la sintesis de todas ellas, habeis procurado en estos dias imitarla con el auxilio de Dios su santísimo Hijo; se ha mostrado en fin á nosotros sublimando á la humanidad por las bendiciones con que el Señor la ha enriquecido, y esta gloria de la Virgen de nuestros cultos nos ha descubierto estensos y magníficos horizontes que no pue-

den menos de interesar grandemente nuestro corazon anheloso de felicidad en este valle de desventura. Empero no basta todo esto; es necesario perseverar en nuestros buenos propósitos, y Maria nuestra Madre y nuestra Reina, sentada en el trono de la gloria, rodeada de los ángeles sus servidores, alabada de los bienaventurados, engrandecida con los dones de Dios y depositaria de un poder soberano es un pensamiento tan consolador que nos debe reanimar para perseverar en el camino del cielo neutralizando los obstáculos que tratarán de impedir nuestra perseverancia final.

Porque, tenedlo entendido, A. H. M., el mundo que os verá al salir de estos ejercicios llenos de fervor religioso, y por consiguiente decididos á corregir vuestros viciados hábitos, quizá vuestras costumbres pervertidas, redoblará sus esfuerzos por atraeros á su servicio presentándoos de nuevo sus funestos encantos, sus peligrosos espectáculos, y ese brillo fascinador que seduce á sus ciegos amadores. ¡Ah! mirad entonces hácia el cielo, fijad vuestra atencion en la estrella luciente de la mañana Maria que brillaba en medio del firmamento para guiaros sin recelo y con seguridad á la pátria de los justos donde reina como Señora; invocadla en esos senderos peligrosos, y Maria os alumbrará para dirigiros constantemente: *respice stellam, voca Mariam*. El demonio se aprovechará de nuestra ausencia y sabiendo que nuestra voz ya no resonará, como viene resonando diariamente en vuestros oidos en este bellissimo mes, recordándoos las heroicas virtudes de Maria para que las imiteis, como creo las habeis imitado en este tiempo, os suscitará tentaciones funestas para estraviar vuestros afectos, agitar vuestras pasiones, amenguar el fervor de la virtud, acaso corromper vuestros corazones, ó cuando menos deteneos en los adelantos que constantemente debeis hacer en la carrera del bien moral, en la senda segura de las virtudes cristianas. Entonces, A. H., cuando se levante el viento de la tentacion, cuando

las pasiones en lucha con la razon os hagan sentir sus violentos y rudos embates, cuando la soberbia, y la vanidad, la ira ó la lascivia, la envidia ó la intemperancia, la avaricia ó la ambicion os agiten, recordad á María en el trono luciente de su gloria triunfante del infierno, y de todas las malas pasiones, gozando para siempre de una felicidad suprema, é interesadla en vuestro favor para que no se malogren los frutos de estos santos ejercicios, y os aliente con su admirable ejemplo: *respice stellan, voca Mariam.*

Para perseverar en los santos propósitos que hayais formado en este dichoso mes, A. H. M., no contais solo con la contemplacion de María coronada de gloria en la altura de los cielos, contemplacion que por cierto es un medio poderosísimo para perseverar en el bien y obtener la recompensa que se nos ha prometido; contais tambien con la proteccion eficazísima de esta bendita Madre que os alcanzará las gracias que os son indispensables para conservar esa perseverancia, y que harán eficaces los medios que empleeis á este fin el mas importante, porque «solamente se salvará el que el perseverase hasta el fin:» *qui perseveraverit usque in finem salvus erit.* Entre estos medios, que yo no dudo aceptaréis, no debeis olvidar las precauciones necesarias para no esponeros al peligro de caer en los escollos del pecado; porque escrito está que «aquel que ama el peligro perecerá en él:» *qui amat periculum in illo peribit.* Hoy cesan estos santos ejercicios, y por consiguiente entraís de nuevo en las ocupaciones habituales que habiais interrumpido para consagraros á ellos. ¿Qué tendrá de extraño volvais tambien á aquellas ocasiones que os ponian á riesgo, al menos, de entibiar vuestro fervor y vuestra devocion á la Virgen María nuestra celestial Madre? Empero esta Señora, si la invocais con ánimo decidido de seguir sus santas inspiraciones, conseguirá de su Hijo divino, os «envie alguno de sus ángeles que os guarden en los caminos de la vida para que no tropeceis!» ¿quién sa-

be si Ella misma se encargará de ser vuestra guia en las sendas que debeis emprender para buscar el reino de Dios y su justicia, y perseverar en ellas hasta encontrarlo en el cielo? Esta misma Madre amantísima de Dios y Madre nuestra, gozando en el cielo, como sabeis que goza, del mas poderoso valimiento, é interesada á la vez en vuestra santificacion, y en que perseveréis hasta el fin para obtener la eterna recompensa de vuestros trabajos y sacrificios, nada omitirá de cuanto necesario sea para que lleneis tan altos é importantes fines, alcanzándoos del Dios á quien adora en los cielos, y de quien es Madre, la asiduidad y constancia en el exacto cumplimiento de vuestros deberes religiosos domésticos y sociales; la práctica frecuente de los santos sacramentos, riquísimos manantiales de virtud y santificacion; la observancia religiosa y cumplida de la santificacion de las fiestas, hoy tan profanada por desgracia; el esmero y aprovechamiento en las lecturas espirituales, anteponiéndolas á tantas otras lecturas, cuando menos frívolas y superficiales; la vigilancia cristiana que hace al devoto de María estar siempre dispuesto á rechazar las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne; la fidelidad en la práctica de las devociones autorizadas por la Iglesia, y de las cosas mas pequeñas que contribuyan á preservar al alma del pecado, la regla de vida que tan eficaz es para ordenar las obras, las palabras y hasta los pensamientos, alcanzándoos en fin todos los medios conducentes, no solo para la justificacion, sino para perseverar en el bien, y en los bellos y saludables propósitos que hayais formado en este mes, obsequiando á María nuestra buena, bendita y cariñosa Madre.

¡Cuánta confianza inspiran, A. H. M., estas verdades para afirmarnos en la devocion que profesamos á la Madre del amor hermoso y de la santa esperanza, á María, Reina gloriosísima de los ángeles y de todos los santos! Sabemos que esta Virgen excelsa de los cielos ha sido coronada «por la

mano de Dios con la corona de hermosura de los justos:» *diadema speciei de manu Domini* de que nos habla el libro Sagrado de la sabiduría; con la corona de justicia que reserva el Señor á los que aman su venida:» *reposita est mihi corona justitiæ, non solum mihi, sed iis qui diligunt adventum ejus;* «con la corona de gloria que no se puede marchitar:» *inmarcesibilem gloriæ coronam*. Sabemos que el trono de María está en los cielos muy por encima del trono de las gerarquías angélicas, y que su gloria es tan magnífica que excede á toda ponderación, manifestando el Señor que con Ella ha hecho cosas grandes y maravillosas: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*. Ya veis que toda esta grandeza es mas que suficiente para esperar que nuestra buena Madre nos alcance los medios necesarios y convenientes para nuestra perseverancia, ora alentándonos para que la sigamos en su carrera de gloria, ora auxiliándonos con las gracias de que el Señor la ha hecho depositaria y dispensadora.

¡Cuán dichosos nos llamaremos entonces! A. H., porque esto justificará que, considerando á María Santísima en este mes como refugio de los pecadores, nos hemos movido á penitencia no solo para espiar nuestros pecados, sino para enmendar nuestra vida, y corregir nuestras costumbres; considerándola como perfecto modelo de todas las virtudes hemos aprendido en su escuela á agradar á Dios, y á progresar en sus admirables caminos, que son los caminos de la perfección y de la santidad; y considerándola por último como representación de la humanidad, que el Señor ha querido enaltecer en su grande misericordia, se nos ha ofrecido sublimada á inmensa gloria en todos los misterios de su admirable vida sobre la tierra, y muy particularmente en los misterios inefables que nos la hacen ver en lo mas encumbrado de los cielos. No olvidemos por Dios estas elocuentes y provechosas enseñanzas tan útiles como necesarias en los

días de descreimiento, de vértigo, y de perturbación en que se agitan los individuos, las familias y las sociedades; días de honda agitación en las ideas y en los afectos que á cada momento nos ofrecen un escollo para naufragar en la fe, y sumergirnos en la corrupción moral. Por lo tanto «os rogamos, hermanos, os diré con San Pablo á los de Tesalónica, que corrijais á los inquietos, consoleis á los pusilánimes, soportéis á los flacos, seais sufridos con todos. Estad siempre gozosos; orad sin cesar. No apagueis por el pecado y negligencia la gracia interior del Espíritu Santo que hay en vosotros. Guardaos de toda apariencia de mal, y el mismo Dios de la paz os santifique en todo, para que todo vuestro espíritu, y el alma y el cuerpo, se conserven sin reprensión en la venida de nuestro Señor Jesucristo:» *ut integer spiritus vester, et anima, et corpus sine querela in adventu Domini nostri Jesu Christi servetur*.

Confirmad, oh Madre Santísima, con vuestra protección soberana estos nuestros propósitos; y sean ellos la flor de agradable aroma que os digneis aceptar en este día, como expresión de nuestra piedad y devoción con que en el mes que hoy concluye hemos pretendido obsequiaros. En cambio, Señora, volved á nosotros vuestros ojos de misericordia para socorrer nuestras necesidades. Mirad que á Vos clamamos para que defendais la Iglesia de vuestro divino Hijo tan atribulada y perseguida; para que consoleis y presteis fortaleza á su cabeza visible nuestro Santísimo Padre el grande y bondadoso Pio IX que tanto ha enaltecido vuestras glorias; para que obtengais del Señor Dios nuestro, á quien tanto hemos ofendido, la conversión de todos los pecadores, la docilidad de la fe en las enseñanzas de la Iglesia á todos los incrédulos, los acrecentamientos en la virtud á todos los justos, la caridad cristiana y todas sus obras á todos los hombres, la paz y el bienestar á todos los pueblos, la unidad de espíritu cristiano á las sociedades, y la perseverancia fi-

nal en el bien á todos los que lo practiquen, hasta el momento supremo en que dejando este lugar de destierro recibais Vos, Madre mia, nuestras almas para presentarlas á vuestro Hijo divino Jesus, y en el cielo seamos coronados con Vos para ser dichosos y bienaventurados por los siglos de los siglos. Amen.

PANEGÍRICO
DE
MARÍA SANTÍSIMA,
REINA DE TODOS LOS SANTOS

Y
MADRE DEL AMOR HERMOSO.

*Omnis gloria ejus filiae regis ab
intus... Adducentur regi virgines
post eam.*

Toda la gloria de la hija del rey es de dentro. Serán llevadas al rey virgenes en pos de ella.

SALM. XLIV. 14.=15.

Hubo un dia, A. H. M., célebre para Betulia, y no menos glorioso para la hija de Merari, viuda de Manasés. Este dia célebre fué aquel en que la heroica Judith, decapitando á Holofernes general del ejército de los asirios, dió la libertad á su pueblo, «y afrentó á la casa del rey Nabucodonosor,» como confesó Vagao al ver tendido por tierra al cadaver de Holofernes bañado de su propia sangre en su misma cámara. Este dia glorioso para Judith fué aquel en que «el sumo pontífice Joacim, habiendo llegado de Jerusalem á Betulia con todos sus ancianos para ver á esta heroína la bendijeron todos á una voz diciendo: Tu eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo, porque te has portado varonilmente, y tu corazon se ha confortado; por tanto la mano del Señor tambien te ha confor-